

# Una vuelta al comienzo

Elsa Cross

Como la salida mítica de Aztlán, *Islote de garzas* de Ursus Sartoris es un punto de partida, un comienzo que recupera muchos comienzos, que los invoca y los celebra.

En principio, hay en este libro una lúcida evocación de la poética y el mundo prehispánicos. Y en un libro que toque estos motivos, más allá de su rica imaginería o de algunos de sus tópicos, pocas veces puede percibirse un conocimiento tan cercano a la tradición. Los poemas no son recreaciones literarias de esos tópicos, sino que parecen brotar en carne viva, de una experiencia y un conocimiento propios.

Si el mundo de nuestros mitos antiguos podría ayudar a ir desentrañando algunos elementos del libro —como la geografía mítica de los poemas, la resonancia de los nombres, ciertas cifras escondidas—, mi impresión es que la línea que separa en los poemas “lo mítico” de “lo real” se adelgaza todo el tiempo y finalmente se rompe. Lo que queda allí, mito o no de por medio, es simplemente poesía.

El título mismo, *Islote de garzas*, que en náhuatl, como dice la contraportada, es Aztlán (o Aztlan), alude a ese punto de partida de las siete tribus nahuatlacas, que es el comienzo de las peregrinaciones y el centro mismo del origen; pero en el libro, básicamente se refiere también al corazón. Y ya para ver el corazón como un islote de garzas se necesita un poeta.

Y es en verdad un libro sin miedo a hablar del corazón. Desde el entrañable rescate de la infancia en el poema “Papalote” y algunos otros, hasta una noción compleja, como la de “la cueva del corazón”, pasando por el “Rezo a Tonantzin” con su “retablo de soles danzantes”, los poemas tocan al corazón, y lo tienen como referencia permanente, casi como una brújula.

Del corazón se despliega todo ese mundo poético, que atraviesa muchos parajes: rueda por arenales, lo mismo que cruza las puertas del inframundo o sueña con una rosa blanca, pero siempre siguiendo “ese hilo dorado de la voz”, teniendo en mente ese centro, aunque en momentos queden interrogantes abiertos o enigmas para dilucidar. La clave está en el corazón.

Y quisiera ampliar un poco el sentido de este término, pues por corazón no se está implicando sólo el centro de las emociones, sino el centro del mundo, la casa de los rumbos, la raíz de la vida, el núcleo de la propia conciencia.

El libro tiene como substancia metafórica a la naturaleza misma. Está ligado a ella por un tremendo amor, una observación atenta y una percepción muy sutil de su acontecer directo. Los poemas parecen descifrarla, como un código, y leer en ella conjuntamente el suceder humano, con vaticinios desalentadores, a veces, pero a fin de cuentas con una fe en el destino de la especie, y una fe en los dioses, cuya presencia tutelar se manifiesta de muchas maneras en estos versos.

En *Islote de garzas* se da, además, la recuperación de otro origen: el origen mismo de la poesía, que es el canto. Ésta es una categoría largamente olvidada en nuestro tiempo: por una parte, porque no es fácil que una voz poética alcance la dicción y la impostación de un tono que estén a la altura de ese propósito; por otra, porque no es ésta una época que invite especialmente al canto, ni como celebración ni como de-nostación. Parece que se hubiera perdido esa capacidad, a pesar de que el siglo xx estuvo lleno de grandes cantores, que han sido, coincidentemente, grandes cantores de la naturaleza, poetas como Whitman, Pound,

Claudel, Perse, Neruda, Walcott, entre muchos otros.

Sin embargo, estamos en un momento en que ya sea por moda o por una necesidad expresiva real, suscitada por la difícil realidad de esta época, parte de la poesía se contrae, titubea, se fragmenta, tal vez en un gesto que mimetiza o sufre el efecto de la fragmentación posmoderna de la conciencia. Y en medio de esto, es refrescante hallar el impulso renovador de una poesía sin miedo a su propia voz, sin miedo a ser poesía y a ser canto. Para esto se necesita una visión clara y un corazón abierto, además de inequívocos talento y vocación.

Con una certeza instintiva, los poemas no sólo crean un ritmo en la armonía de su lenguaje, sino en la sucesión de sus imágenes y el sentido mismo de sus ideas. Inseparables entre sí, estos elementos se combinan aquí y encuentran su lugar, logrando una factura de gran belleza.

*Islote de garzas* es un libro que conjunta vigor expresivo y lirismo. Y se ha ameritado en la sombra durante más de una década, pues ya estaba escrito hace mucho tiempo. El autor prefirió dejarlo madurar, haciendo a un lado la frecuente tentación de los poetas jóvenes de publicar cualquier cosa en cuanto parece estar terminada. Pero también logró no alterar la visión y el tono de estos poemas, muchos de los cuales fueron escritos cuando el autor era muy joven. Ha valido la pena esta espera. El libro creció, pasó por varias metamorfosis y se pulió hasta resplandecer. Aztlán está en él como una presencia real, y hoy no es sólo un punto de partida sino de llegada. **U**

---

Ursus Sartoris, *Islote de garzas*, Práctica Mortal, Conaculta, México, 2011, 80 pp.